

# LA REGIÓN DE MURCIA EN LOS AÑOS DE LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA

Francisco José Franco Fernández

## 1.-La Iglesia se rebela y se transforma.

En Cartagena, en Murcia y en toda la región, las cosas comenzaban a cambiar. La quebradiza salud de Franco y el talante moderado, dialogante y aperturista del joven príncipe mantenían viva en la sociedad la esperanza de un mañana mejor. Mientras el dictador se aferraba al poder en sus últimos meses de vida, España caminaba hacia la modernidad con paso firme. Donde más se notaban las transformaciones era en el ejército, estamento en el que surgían corrientes de disidencia como la UDM (Unión Democrática Militar) al amparo del espíritu reformista surgido en Portugal poco antes en la llamada *Revolución de los claveles*; y, sobre todo, en la Iglesia, que desde la década de los 60 denunciaba el concordato vigente con la España de Franco y luchaba por acercarse al pueblo siguiendo el estilo marcado por Juan XXIII y Pablo VI en el Concilio Vaticano II. Franco perdía así, en los últimos días de su existencia, el que había sido el más firme de sus sostenes y de sus pilares de apoyo.

En todo el territorio, salvo notables excepciones, el clero pasó del apoyo firme al régimen a la indiferencia por los asuntos de estado y, en muchas ocasiones, asistimos a un compromiso por cambiar la realidad social. En aquellos días el cardenal Tarancón luchaba por crear una Conferencia Episcopal renovada, siendo el obispo de Cartagena Miguel Roca Cabanelles y Javier Azagra su obispo auxiliar con residencia en Cartagena, ciudad en la que vivió entre 1970 y 1978. Ambos conocieron el surgimiento a nivel provincial de movimientos cristianos de base como la OAC o la JOC,

colectivos abiertamente antifranquistas, y la consolidación en los barrios, pedanías y diputaciones de las ciudades de los curas obreros. En 1960 habían llegado a Cartagena 30 curas y monjas de talante progresista, seguidores del Concilio Vaticano II y en algunos casos próximos al comunismo. Su solidaridad cristiana y su voluntad de acercamiento a los pobres chocaba algunas veces con los poderes establecidos, por lo que algunos acababan dejando el sacerdocio. Los más destacados eran:

- Andrés Martínez Valero en Santa María la Vieja.
- Salvador Sánchez Paños en El Estrecho y El Llano.
- Pepe Nicolás y Telesforo Herмосilla en Santa Florentina.
- Aurelio González Iza. En Los Mateos y Lo Campano. Se hizo finalmente seglar.
- Jesús Caballero en Los Mateos, parroquia absolutamente marginal y problemática. Jesús dirigió la renovación de los grupos de la Juventud Obrera Católica a comienzo de los años 1970
- Francisco Clemente en Alumbres y José María de la Puerta.
- Antonio Bermejo en Vista Alegre.
- Antonio Botía en Santa Ana.
- Manuel López en el Barrio de la Concepción.
- José Anastasio en los Padres Claretianos.
- Isidoro Galán, jesuita, en las 600. Llegó a ser Secretario General de CCOO.
- Pedro Castaño, yeclano, cura de Santa María la Vieja que inauguró en el año 1968 las escuelas de preadultos y transformó la parroquia en un complejo cultural donde acudían conferenciantes venidos de toda España.

La mayoría de estos curas se reunían entre ellos y con los obreros y personas implicadas en la lucha contra el franquismo en el bar *El Pinacho* Santa Lucía. La labor de estos hombres de compromiso (la mayor parte posteriormente secularizados) permitieron en aquellos difíciles y

esperanzadores días un acercamiento de la Iglesia del Papa Pablo VI con el pueblo llano, preparando desde la Iglesia el cambio social y político y la ansiada e inevitable reconciliación nacional.

En los 70 el número de estos sacerdotes obreros era, solamente en Cartagena, de 50, extendiéndose el movimiento por todos los municipios de la región, controlando incluso las parroquias capitalinas de Santa María de Gracia, Vistabella o el Barrio del Carmen. Pronto consiguieron un gran respaldo internacional gracias al apoyo de grandes figuras de la *Teología de la Liberación* como Leonardo Boff, a quien escribieron en estos términos:

*Leonardo Boff O.F.M. Río de Janeiro (Brasil)*

*Querido amigo y compañero:*

*Somos un grupo de sacerdotes -alrededor de unos cincuenta- de la Diócesis de Cartagena-Murcia (España), que mensualmente nos reunimos en Asamblea para compartir y contrastar nuestras experiencias en el campo pastoral y de la Fe.*

*Hemos seguido, con el más vivo interés, todo lo concerniente al proceso abierto a la Teología de la Liberación, y más en concreto a tu obra teológica, por la Sagrada Congregación de la Defensa de la Fe. Y últimamente nos ha llenado de hondo pesar la prohibición de hablar y de escribir lanzada sobre tu persona en su quehacer teológico y pastoral. Algo que no acabamos de comprender dentro de una Iglesia que, desde hace varias décadas, viene defendiendo el Derecho de Libertad y de expresión para las sociedades civiles. ¿Es que este derecho no es válido en la Iglesia de la misma manera? ¿Es así como reconoce nuestra Santa Madre la Iglesia el esfuerzo de uno de sus hijos por hacer de su mensaje algo vivo y palpitante, cálido y actual? ¿Es así como se valora un trabajo evangelizador que tiene como destinatarios a los pobres y sus intereses concretos y universales de verdad y de justicia, de libertad y de Paz?*

*Deploramos que en nuestra Iglesia, a la que amamos muy de*

*corazón y a la que servimos con nuestro ministerio, que deseamos sea generoso y limpio, siga utilizando procedimientos de coacción que nada tienen que ver con el amor a la verdad revelada y a la libertad de los hijos de Dios. Y todavía nos duele más que semejante determinación se haya tomado al margen de esa Iglesia local, provocando la división dentro de ella.*

*La Fe cristiana, creemos, es una búsqueda y un servicio al reino de Dios que tiene sus principales destinatarios, hoy, en todas las víctimas del orden y la violencia, siempre en los marginados y desheredados de la historia.*

*Y en esa búsqueda y ese servicio nos parece discurrir todo tu quehacer teológico-pastoral que no es otra cosa sino un poner al alcance de las masas sufrientes, depauperadas, la esperanza y la fuerza del Resucitado. En este esfuerzo nos sentimos en total comunión contigo y te agradecemos el enorme servicio teológico, que vienes aportando a nuestra tarea evangelizadora.*

*Pero tenemos que decirte también, y nos parece que es lo más importante todo, que tu testimonio de humildad y de acatamiento a la autoridad eclesial, nos ha edificado y confortado interiormente, nos ha llenado de gozo y de esperanza; pues vemos la autenticidad evangélica de tu vida que avala y sostiene tu obra escrita torno al mensaje de Jesús de Nazaret. Una vez más, querido Leonardo Boff, en la debilidad se manifiesta la fuerza de Dios. Estamos convencidos de que este silencio obligado, da a tu persona y a tu obra esa dimensión del grano de trigo que muere para dar mucho fruto. Gracias ahora más que nunca.*

*Igualmente estamos convencidos de que, mientras haya un solo creyente que viva su Fe en solidaridad y compromiso liberador con los explotados y oprimidos de la tierra, el espíritu del Señor Jesús estará actuando en el mundo, y la semilla de Dios dará su fruto, pese a todas las dificultades que puedan venirle incluso de misma institución eclesial. La palabra hecha carne es siempre portadora del amor Dios Padre.*

*Fraternalmente, en la comunión teologal y en amor a los pobres.*

Esta carta es un documento trascendental para entender la nueva postura a nivel nacional de la Iglesia Católica en relación al franquismo. No fue solamente la expresión del trabajo y el compromiso de esos cincuenta sacerdotes, pues el propio Roca Cabanellas, fiel seguidor de Tarancón, había firmado la declaración de los obispos de 1973 pidiendo libertad y un cambio de rumbo en España.

Antonio López Baeza, cura del barrio de la Concepción, acogió la primera reunión de la *Junta Democrática* poco antes de la muerte de Franco, integrada por Luís Amante, Salvador Madrid y Pepe Ros. Por otra parte, la JOC en Cartagena estaba formada en vísperas del fallecimiento del dictador por Salvador Melero, Pepe Bastidas, Juan Dato, Josefina Pérez, Pedro Méndez, Pedro Sánchez, Martínez Ovejero y Teodoro Egea. Eran todos ellos personas comprometidas social y políticamente y que, como cristianos apoyados por el propio cardenal Enrique y Tarancón, acababan descolocando a un régimen que asistía impotente a un cáncer interno que ponía en tela de juicio la situación real del país: cómo se vivía, la higiene, la vivienda, los principales problemas, la promoción de acciones solidarias y el desempleo; adquiriendo todo tipo de compromisos sociales, culturales, lúdicos y deportivos.

El franquismo era, pues, contestado desde dentro de la propia Iglesia oficial, que respondió con firmeza y valentía ante la represión y las últimas ejecuciones producidas días antes de la muerte del dictador, acorralado por la traición de muchos de los suyos, el terrorismo, la presión interior y exterior y la amenaza de excomunión por parte del Papa.

En la región todos estos acontecimientos finales de la etapa franquista fueron seguidos por el pueblo con una atención inusitada, pues uno de los últimos fusilados era de Espinardo. Los partes de *Radio Pirenaica*, *Radio París* y *Radio España Libre* anunciaban un nuevo futuro para España. La

oposición interior, dividida en la *Plataforma Democrática* y la *Junta Democrática*, pedía cordura y paciencia al pueblo desde publicaciones como *Cuadernos para el diálogo*, donde articulistas como el antiguo ministro de Educación y demócrata cristiano Joaquín Ruiz Giménez clamaban libertad de prensa y la reapertura de las publicaciones clausuradas como el diario *Madrid*.

## **2.-Franco ha muerto.**

Los últimos meses de Franco en el poder fueron traumáticos: sus continuas crisis de salud obligaban al príncipe a sustituirlo con frecuencia en la presidencia del consejo de ministros, donde el presidente Carlos Arias Navarro manifestaba una descorazonadora incompetencia para los asuntos de estado. Por debajo de esa España oficial del poder, la España real bullía pidiendo cambios y medidas ante una crisis económica creciente. La conflictividad social era alta: aquel año 1975 el entonces potente sindicato clandestino USO (Unión Sindical Obrera) organizaba en la provincia la primera gran huelga de la construcción. La oposición se organizaba para el día después y en el seno de la Marina, en Cartagena y en toda España, soldados militantes como José Luís Oñate organizaban grupos para enseñar a los militares que era posible una transición pacífica.

El presidente Carlos Arias Navarro protagonizaba una fría madrugada de otoño la última estampa del franquismo. Franco moría el mismo día que José Antonio. Aquel 20 de noviembre de 1975 el reloj de la historia comenzaba a marcar un nuevo tiempo. Todo se movió deprisa: entierro y nombramiento de Juan Carlos I como rey. Aquella noche la primera cadena de televisión alargó su programación de forma inusual para mantener despierta y entretenida a la población con la proyección de un clásico del cine americano, la cinta *El puente sobre el río Kwai*. Algunos cronistas de aquel tiempo aseguraron que a la hora convenida quitaron al jefe del estado la ventilación asistida y se produjo en poco tiempo el desenlace: las fotos de

aquella agonía, obtenidas por alguien muy próximo al círculo del palacio del Pardo, fueron publicadas poco tiempo después.

Las principales personalidades del régimen estaban preparadas y avisadas para acudir al entierro. Un murciano, Antonio Pérez Crespo, como representante de la asociación política *Unión Democrática Española*, debía estar presente en las honras fúnebres. La noticia le sorprendió en París mientras asistía a una exposición comercial. Cuando salían de la catedral de Notre Dame el taxista, al enterarse de que eran españoles, les comunicó la noticia. Pérez Crespo marchó en el primer vuelo hacia un Madrid envuelto en un ambiente de silencio, soledad y tristeza. El ambiente plomizo y nublado del día contribuía a crear una atmósfera gélida. La capital presentaba un aspecto desolador el día del entierro: era una jornada fría y desangelada, en la que los madrileños se quedaron en casa esperando acontecimientos, velando armas para vivir los años que se avecinaban. Tras el funeral en la plaza de Oriente, Franco fue enterrado en su mausoleo faraónico del valle de los Caídos, dónde reposa desde entonces.

La histórica toma de posesión de Juan Carlos I fue del todo emocionante, especialmente la réplica del cardenal Enrique y Tarancón, que recordó al monarca que debía ser rey de todos los españoles.

Aquella región de Murcia tranquila y aburrida de 1975 acogió con total calma el fallecimiento, celebrándose en la catedral la tradicional misa del 20 de noviembre en recuerdo de José Antonio, extendida aquel año también a Franco, que acababa de morir. El diario del movimiento *Línea* tenía preparada desde meses atrás, siguiendo las instrucciones de su director José Juan Cano Vera, una edición especial en la que destacaba el artículo de Felipe Julián sobre las visitas a Cartagena y la traída del agua del Taibilla que se titulaba *Gracias a ti*. Las banderas de los edificios públicos ondeaban a media asta, las clases en los centros educativos se suspendieron y algunos opositores comprometidos se escondieron.

Aunque su testamento político no dejaba muchas esperanzas, la mayoría de los militares, representantes políticos y procuradores en Cortes, entre los que se encontraban los murcianos Octavio Carpena y Jaime Capmany, se apuntaban a la llamada teoría del paracaídas de Fraga: evolucionar para caer con un paracaídas. Los sectores del régimen partidarios de la apertura y aspirantes a protagonizar la nueva era apoyaron la amnistía real, pues sabían que su oportunidad pasaba por evolucionar y, al mismo tiempo, dar a conocer sus recién constituidas asociaciones políticas antes que los partidos de la oposición saliesen de la clandestinidad. Así, Julio Cantarero del Castillo fue el más madrugador, presentando en Cartagena su grupo *Renovación Española* en la sala de fiestas *La Dama de Oro* al amparo del primer proyecto renovador que lideraron el presidente del gobierno Arias y el de las Cortes, Torcuato Fernández Miranda: la ley de Asociaciones Políticas, boicoteada en las Cortes por Girón y el núcleo duro del régimen. Esto provocó la pérdida de confianza definitiva del rey hacia Arias Navarro, que no supo, no pudo o no quiso manejar con habilidad los resortes del poder.

Tras la dimisión de Arias el rey entregó en julio de 1976 el poder a un joven valor del régimen, Adolfo Suárez, que contaba con la confianza del monarca, una bien ganada fama de buen negociador y el apoyo de la viuda de Carrero, a la que conocía de los veranos de Campoamor, lo cual le acercó bastante al *lobby* político murciano que allí veraneaba. Muchos de estos políticos apoyaron la exitosa y definitiva *Ley para la Reforma Política* que el rey y el presidente del gobierno alentaron y Torcuato Fernández Miranda elaboró y consiguió sacar adelante en las Cortes.

Desde su nombramiento como presidente del gobierno Adolfo Suárez fue incorporando a la vida pública a personas de su generación, de su entorno y de su confianza. Uno de estos era Federico Gallo Lacárcel, persona con la que Suárez había coincidido en su etapa al frente de Televisión Española, nombrado gobernador civil de Murcia, cargo que había desempeñado poco antes en la otra provincia del Reino, Albacete. Federico Gallo era un



periodista y locutor de radio catalán, que tuvo en su nuevo puesto como secretario al murciano Joaquín Esteban Mompeán y como hombre de confianza a Antonio Pérez Crespo, con los que luego organizó en Murcia el partido UCD (Unión de Centro Democrático). Pérez Crespo le aconsejaba e introducía en los círculos políticos regionales, siendo especialmente hábil para acercarse con cautela tras la muerte del caudillo los partidos clandestinos, labor a la que también contribuyó el alcalde de Murcia, Clemente García García, quien estableció ciertas relaciones de cortesía con el PCE, dejando incluso que sus militantes le aconsejasen a la hora de designar a los pedáneos en aquellos partidos en los que el movimiento obrero tenía fuerza.

Como suele suceder en estos casos, el acercamiento político entre colectivos considerados teóricamente opuestos suele producirse de la forma más casual, especialmente en un país folclórico y sureño como era España: el gobernador civil tenía una hija estudiando Medicina y conoció allí a los profesores Elvira Ramos y Pedro Maset y a algunos de los más activos miembros del movimiento estudiantil. Le contaba al padre que eran buena gente y le aconsejaba que los conociese, que se acercase a ellos. Y así lo hizo: pidió a su amigo Antonio Pérez Crespo que invitase al secretario general del Partido Comunista de España, Agustín Sánchez Trigueros a una reunión política en el gobierno civil. El *temible* miembro del demonizado partido se mostró aterrado ante ese primer encuentro, al que aceptó con la condición de que su interlocutor le acompañase todo el tiempo en la entrevista con el gobernador. Y desde ese momento las relaciones entre los supuestos enemigos de otro tiempo cambiaron: la nueva generación política impuso su ley porque el pueblo así lo demandaba. Se conquistaron los anhelados derechos por el camino de los hechos, ejerciendo la libertad.

Por aquel entonces los comunistas del PCE eran poderosos en Yecla, Murcia (especialmente en la universidad) y Cartagena (Empresa Nacional Bazán). Estimándose su fuerza en unos 20.000 militantes en toda la provincia en los momentos posteriores a la muerte de Franco. El encuentro con el

gobernador civil, aunque no eliminó totalmente los riesgos al no estar todavía legalizados los partidos, si que permitió superar la etapa de las reuniones en las casas y en lugares públicos y poder abrir una serie de sedes y agrupaciones, destacando las que hubo en la capital en el Paseo de Corvera, junto al CEBAS, en la estación Zaraiche y, tras legalización de 1977, en las calles Herradura y Simón García del barrio de Santa Eulalia.

Quizás lo más sorprendente de la evolución del PCE tras la muerte de Franco fue que se convirtió en el partido donde más fuerza tuvo la Iglesia Católica, siendo la más leída de las publicaciones del partido la revista *cristianos por el Socialismo* y algunos de sus primeros valores electorales miembros de la comunidad cristiana, como el sacerdote Paco Cuervo y Ana Emilia Martínez Gallego, miembro activo de los cristianos de base de Lorca y *madre coraje* de seis hijos. De la fuerza de la Iglesia en el partido se espantaba a menudo el propio obispo Roca, quien atendió la aparentemente curiosa visita de la ejecutiva del PCE de Cartagena en aquellos días, que se convirtió en el único colectivo que en aquellos días de relativismo religioso y avance del ateísmo solicitase, nada más y nada menos, que la construcción de una nueva parroquia en la ciudad. Cuando el obispo, que lógicamente acabó aceptando su requerimiento, se hubo recuperado del susto, reaccionó y preguntó:

*-¡Que tiempos! ¿Y se puede saber, hijos, para que queréis vosotros una iglesia?*

*-Pues para que va a ser, monseñor, los hombres la queremos para jugar al dominó y hablar de política y las mujeres para ir a misa.*

Por su parte, los socialistas del PSOE estaban en plena fase de transición de ser un partido casi inexistente en España cuya ejecutiva se encontraba en el exilio a ser una fuerza política bien posicionada de cara a la primera contienda electoral gracias al tirón popular de su nueva ejecutiva, liderada por su joven secretario general Felipe González, que contó en el

decisivo congreso de Suresnes con el apoyo de las nuevas generaciones que desplazaron al sector histórico encabezado por Rodolfo Llopis, que fundaron un nuevo partido, como así lo hizo también el profesor Tierno Galván (el PSP), que tuvo su primera sede en Murcia en la calle Las Mulas y tuvo como primeros líderes de importancia a Pepe Méndez, los médicos Morales Meseguer (psiquiatra) y José María Aroca y un grupo de intelectuales que conoció durante su estancia docente en la región, donde existía además otra fuerza política socialista, el PSM.

Los primeros actos públicos de los socialistas estuvieron cargados de emotividad, especialmente el mitin celebrado en el *Teatro Circo* de Cartagena, donde intervinieron el doctor Pérez Espejo y otros notables exiliados; el que tuvo lugar en el cine *Consu* de Molina de Segura (organizado por los hermanos Vivas Palazón) y los congresos de de la UGT y del PSOE (que entonces eran casi lo mismo) en 1976.

Pronto los socialistas comenzaron a recuperar en las pequeñas localidades las llamadas Casas del Pueblo, centros de reunión de los militantes donde se organizaban actos de convivencia, culturales y políticos, sirviendo además como bar y local de celebraciones. Las primeras sedes importantes del partido fueron la murciana de la calle Balsas y la cartagenera de la calle Cuatro Santos. Cuando las reuniones eran masivas solían celebrarse en un restaurante de la plaza de Camachos y en ya histórico *Casa Rambla* de la capital.

Como la estructura orgánica regional, a diferencia del PCE, era casi inexistente, la organización estatal envió para crearla al entonces joven político Fernando Valderrama (años después destacado abogado y diplomático), asistido por Ángel Álvarez Castellanos, que se convirtió en el alma máter de la reorganización. El abogado Ilidio Zorita ayudó a organizar la infraestructura, alquilando primero los locales del partido en el edificio *Cónsul* y, más tarde, en la plaza de Santa Isabel.

El principal problema organizativo fue crear una estructura regional fuerte y bien articulada por los problemas de las comunicaciones, lo cual se consiguió gracias al apoyo de la ejecutiva nacional del partido, que contaba con un fuerte apoyo de los partidos políticos europeos. Pronto fueron destacando algunos de sus militantes, que se convirtieron en los primeros dirigentes a nivel regional:

-Andrés Hernández Ros, que procedía de la clandestinidad. Importante en esos momentos por su creciente liderazgo en el partido y su afán de unir a las diferentes siglas del socialismo murciano.

-Manuel Zapata Nicolás, investigador del CEBAS y uno de los primeros secretarios generales que tuvo el partido a nivel regional.

-En la capital descollaban en aquellos días también los militantes José Vivancos, Antonio Bódalo y María Antonia Martínez.

-Los cartageneros Enrique Escudero De Castro (que realizó un trabajo importante de acercamiento al estamento militar y era ideológicamente social-demócrata) y Antonio Martínez Ovejero (que procedía de USO) resultaron piezas esenciales de la política del partido.

-En Águilas lideraba el partido Carlos Collado.

-En Molina destacaban los hermanos Francisco y José Vivas Palazón.

El PSOE creció muy rápido partiendo de la nada: tras la muerte de Franco cobró una enorme popularidad que sus dirigentes tuvieron que asimilar de una forma improvisada. De la noche a la mañana de donde no había nada surgió una enorme organización en la que se mezclaban, junto a notables organizadores y hábiles intelectuales personas sin experiencia política y pública alguna. En el partido convivieron antiguos falangistas y personas curtidas en la resistencia antifranquista de una forma a veces poco armónica que explica la existencia desde el primer momento de diferentes corrientes internas e intensas luchas fratricidas. La escasa experiencia política

aupó al poder a dirigentes como el ebanista de Torreagüera José Luís Espinosa, considerado un espía de la policía en los grupos de izquierda combativa como GRAPO, FRAP o la Liga Comunista, que llegó a ocupar importantes cargos en el socialismo murciano y fue secretario general de la UGT regional. Viajaba por toda la costa hasta Francia y norte de África para controlar exiliados.

Llegó a Murcia tras la muerte de Franco y los militantes de izquierdas que conocían de sus actividades le llamaban *El Policía*, pues entraba en comisaría continuamente al ser el confidente del comisario Conesa. Tenía también contactos dentro del mundo clandestino del barrio del *Molinete* de Cartagena. El dirigente nacional del partido Enrique Barón advirtió a la cúpula socialista en la región de las actividades de este personaje, condenado años más tarde a 20 años de cárcel por el supuesto intento de asesinato del dirigente independentista canario del MPAIAC Cubillo y al que muchos señalan como principal responsable de los problemas internos del partido. Otros personajes como Joaquín Gambín, de Santomera, apodado *El Grillo* y acusado del incendio de la discoteca *Scala* de Barcelona, contribuyeron sobremanera a dificultar el difícil y admirable proceso de democratización de los partidos políticos de la clandestinidad.

### **3.-Nuevos tiempos.**

Pero la sociedad murciana seguía evolucionando: no todas las transformaciones tenían relación con el devenir político. Los murcianos estábamos cambiando muy deprisa: en 1975 muchos exiliados y bastantes de los que habían emigrado regresaban a una región que presentaba la tasa de natalidad más elevada de España debido al temprano acceso al matrimonio en las zonas rurales y a una todavía escasa cultura sexual. El descenso de la mortalidad fue continuo, alcanzándose en los años 70 un nivel próximo al de los países desarrollados de nuestro entorno, habiendo desaparecido

prácticamente todas las enfermedades crónicas, salvo la polio y el cólera, que por aquellas fechas dejaron de ser un problema.

Las diferencias entre las diferentes localidades eran en el momento de la muerte de Franco abismales: la capital conocía en aquel entonces una gran evolución urbana, creciendo espectacularmente en detrimento de la huerta hacia Espinardo y Molina, el nuevo barrio del Infante Juan Manuel y el eje trazado pocos años después por la estación de autobuses y la vía de circunvalación de la ciudad, que duplicó en 30 años su población.

La cartagenera, por otra parte, era una sociedad muy ordenada por su tradicional carácter militar. Era una ciudad de funcionarios y obreros cuya personalidad estaba muy marcada por dos hechos contrapuestos: la represión de la posguerra y las fuertes inversiones estatales. El turismo creció espectacularmente en el municipio, que seguía teniendo el lastre de un campo olvidado por los poderes urbanos y condenado a los cultivos de secano hasta la llegada del trasvase pocos años después.

Frente a una ciudad de Lorca y el noroeste agrario y tradicional, Yecla y Águilas eran ciudades en expansión que olían a libertad. Otros lugares de la región estaban marcados todavía por la dinámica de la vida en la huerta, donde existían todavía lugares casi idílicos y se practicaba un policultivo de hortalizas, cereales y ganadería. Eran poblaciones donde las gentes trabajaban de sol a sol, funcionaban los clanes familiares y existía un horizonte cultural escaso.

Era, por tanto, la murciana de los años 70 una sociedad multiforme y variada, en plena evolución hacia el progreso y la erradicación del analfabetismo, una sociedad a caballo entre la tradición y la globalización, entre la austeridad y el consumismo; a medio camino entre la radionovela y las tendencias más avanzadas. Los modernos adelantos en el terreno médico y sanitario (inauguración de la ciudad sanitaria *Virgen de la Arrixaca*) contrastaban todavía con las frecuentes catástrofes naturales que ponían de manifiesto las carencias en el terreno de las infraestructuras (inundaciones de

1973) y la poca fiabilidad de determinadas concentraciones (catástrofe de la *Diada Marítima* en Cartagena, donde murieron 17 personas).

Y es que la región presentaba muchas carencias, un gran déficit de servicios públicos e infraestructuras. No existían autopistas ni autovías: se hablaba del desdoblamiento de la carretera N-301 entre Cartagena y Madrid y de la Autopista del Mediterráneo, fundamental, pues ir hasta Alicante era una aventura, un largo viaje. En materia hidráulica se demandaba la agilización del viejo proyecto de la Segunda República del trasvase Tajo-Segura y otras necesidades en materia de agua, depuración y alcantarillado.

La entonces modesta Universidad de Murcia no conseguía liderar la transición económica hacia el futuro. Los modelos tradicionales estaban marcados por el cierre de la última fábrica de seda, la crisis del esparto de Cieza y la pérdida de peso del sector primario. La expansión del turismo, el transporte y la industria eran un hecho: la alteración del sistema productivo se manifestaba en las modernidades industriales que se mostraban en el recinto de la FICA, Feria Internacional del Comercio y la Alimentación. Los grandes almacenes de *Galerías Preciados*, que se trasladaba a la Gran Vía y la inauguración del *Corte Inglés* daban a la capital la primacía como eje comercial del levante español.

Los principales ejes económicos regionales de cara al futuro eran los siguientes:

-La exportación: muy competitiva en el sector agropecuario, centrado especialmente en las ciudades de la Vega Media, destacando Molina de Segura. El pantano del Cenajo comenzaba a cambiar la cuenca, que se preparaba para una gran ampliación del regadío, que comenzó en el arroz de Calasparra. Se estaba completando la definitiva transición del pimentón al vegetal y la fruta.

-Cartagena: destacaban la refinería (EMPETROL, REPESA) y otras fábricas del INI. Gran potencia económica alejada del modelo económico

regional. Crisis definitiva de la minería: problemas de la empresa Peñarroya en Portmán y El Llano.

-Industria del mueble de Yecla. Vitivinícola en esta última ciudad y Jumilla.

-Turismo. Centros de interés turístico, creados por Fraga, uno de ellos La Manga. Instalaciones modernas. Industria hotelera y fenómeno creciente de la segunda residencia.

-La construcción.

-El transporte por tren y carretera.

Paralelamente a la modernidad, la expansión de las comunicaciones hacia la capital y la extensión de las libertades fue creciendo en todas las localidades de la provincia una cierta conciencia regional autonomista, salvo en Cartagena, donde el fenómeno cantonalista comenzaba a manifestarse con la reivindicación de la provincialidad, tema de conversación en los cafés de moda: *Gran Bar, Mastia y Columbus*.

La vida seguía trascurriendo tras la muerte del que parecía eterno jefe del estado: Murcia, aquella región distinta y distante, resumen por cultura y mestizaje de todas las Españas se aprestaba ahora a vivir una de las más apasionantes etapas de su historia.



## **BIBLIOGRAFÍA**

- Bardavío, Joaquín Los silencios del Rey. Madrid, 1978.
- Calvo Sotelo, Leopoldo Memoria viva de la Transición. Madrid, 1990.
- Cuadernos para el diálogo. Entre noviembre de 1975 y mayo de 1976.
- Hernández Lorca, Felipe Julián La Transición Política en Murcia. Ediciones Mediterráneo. Murcia, 1984.
- Martínez Pastor, Manuel El año de la Victoria. Editorial Aglaya. Cartagena, 2009.
- VVAA Cien semblanzas de la resistencia. La oposición democrática en Cartagena. Asociación Abraxas. Cartagena, 1995.



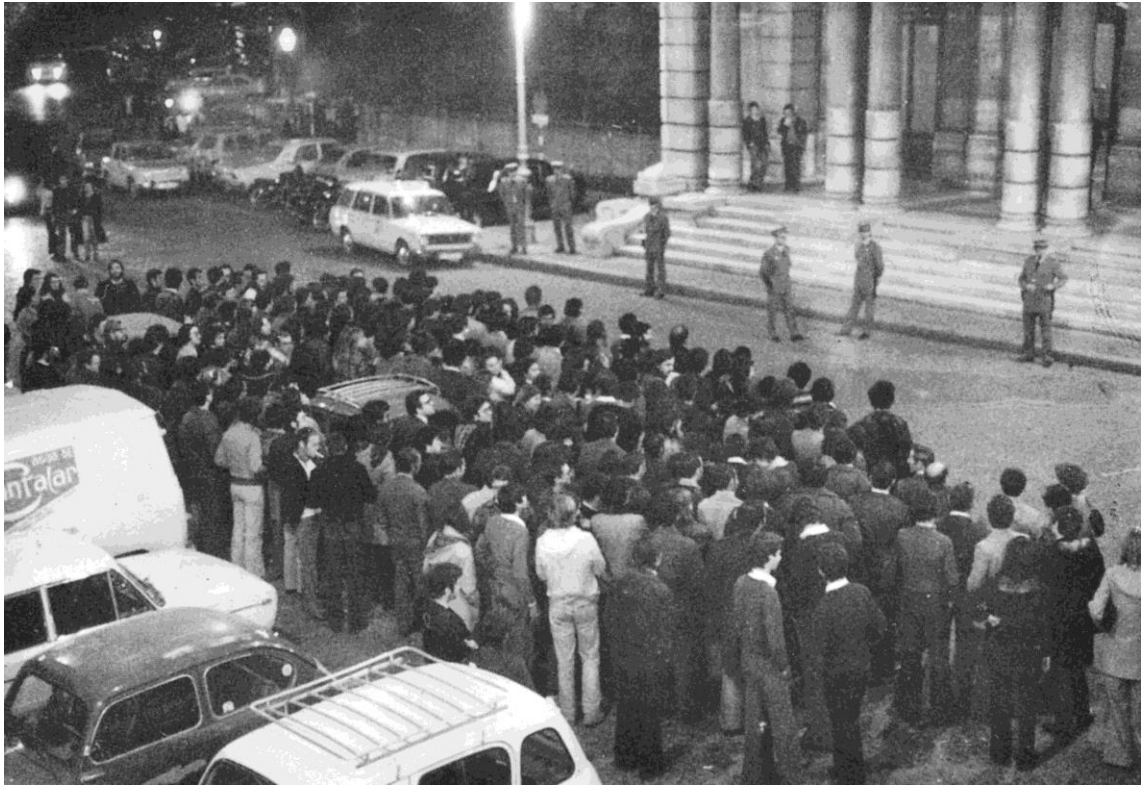
La alegría de vivir



El paisaje cambiaba rápidamente



El Hotel Entremares en los 70



**Tiempos nuevos**



**Federico Gallo con Dalí**